SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12

TURISMO/12

DOMINGO 30 DE MAYO DE 1999

MIL Y UNA NOCHES EN MARRUECOS

TIEMPO Y DINERO

El dólar en América Latina		El cambio en Buenos Aires	
Bolivia:	5,7		
Brasil:	1,7 reales	Libras esterlinas:	0,62
Colombia:	1670 pesos	Francos franceses:	6,28
Chile:	487 pesos	Francos suizos:	1,52
México:	9,45 pesos	Liras:	1.858,0
Paraguay:	2910 guaraníes	Pesetas:	159,53
Venezuela:	597,7 bolívares	Marcos alemanes:	1,87
Uruguay:	11,0 pesos	Yen:	120,3

CLIMA EN EL MUNDO*

Ciudad:	Máx.	Mín.	Condiciones	Ciudad:	Máx.	Mín.	Condiciones
Amsterdam	24	12	despejado	Montevideo	14	6	nuboso
Asunción	23	15	nuboso	Montreal	21	12	despejado
Atenas	28	14	despejado	Moscú	23	15	despejado
Berlín	28	13	despejado	Nueva York	27	16	despejado
Bogotá	17	4	nuboso	Oslo	17	8	nuboso
Bonn	27	13	despejado	Panamá	34	22	nuboso
Bratislava	30	15	despejado	París	25	15	despejado
Bruselas	25	13	despejado	Pekín	28	12	despejado
Buenos Aires	16	10	nuboso	Praga	28	14	despejado
Caracas	30	21	nuboso	Pretoria	21	7	despejado
C. del Cabo	17	13	nuboso	Quito	21	10	nuboso
Copenhague	19	8	despejado	Rabat	22	12	nuboso
El Cairo	30	20	despejado	Río de Janeiro	27	16	lluvioso
Estocolmo	16	11	nuboso	Roma	24	15	despejado
Ginebra	28	13	despejado	San José (C.R.)	27	17	nuboso
Guatemala	27	15	nuboso	San Juan	32	26	nuboso
Johannesburgo	19	2	despejado	San Salvador	32	21	nuboso
La Habana	34	21	despejado	Santiago	13	6	lluvioso
La Paz	16	2	nuboso	Santo Domingo	32	23	nuboso
Lima	23	17	despejado	Tegucigalpa	28	19	nuboso
Lisboa	21	16	nuboso	Tokio	23	20	nuboso
Londres	19	12	nuboso	Varsovia	24	9	despejado
Los Angeles	25	16	nuboso	Viena	24	15	despejado
Madrid	22	18	nuboso	Washington	28	16	despejado
Managua	33	22	nuboso	Zurich	26	12	despejado
Manila	35	24	despejado				
México	27	13	despejado				
Miami	31	24	despejado				

*Mercado cambiario: datos del día jueves
*Clima: datos del día viernes

Por Mariano Blejman

BOLIVIA: EL CERRO RICO

La montaña

La ciudad de Potosí, ubicada a 4200 metros de altura, es Patrimonio de la Humanidad. Una visita por las centenarias minas de plata del Cerro Rico y una caminata por la histórica Casa de la Moneda.

Cuando uno arriba a la ciudad de Potosí, ubicada a 4200 sobre el nivel del mar, no sólo siente los efectos de la altura. También toma contacto con una cultura cargada de recuerdos que el tiempo no pudo borrar. A lo largo de 300 años, Potosí fue uno de los principales centros económicos, políticos y culturales de la América colonial. Hoy vive de lo que fue y de lo queda de su pasado. Más de 300 minas activas, entre las pertenecientes al Estado y los emprendimientos cooperativos, siguen socavando los cerros.

El Cerro Rico

En 1545 el indígena Diego Huallpa halló vetas argentíferas en el monte llamado Sumaj Orcko, bautizado al poco tiempo como Cerro Rico. El 1° de abril de 1545 los capitanes Diego de Zenteno, Juan de Villarroel y Francisco de Zenteno tomaron posesión de la silenciosa montaña. Los españoles fundaron la ciudad en 1546, pero ya eran milenarios los trabajos que se realizaban en la zona. Los quechuas conocían los yacimientos de plata del gran cerro al que adoraban, pero jamás explotaron su riqueza por considerarlo sagrado.

El extraordinario monte tiene 5183 metros de altura y su circunferencia es de una legua. Su cúspide semejaba un cono perfecto, pero fue derrumbándose con el tiempo.

La montaña albergaba en sus entrañas metales de plomo, estaño, cobre, hierro, pero se distinguió por su abundancia de plata en el estado de cloruros y sulfuros. Sus inmensas ganancias fueron enviadas a España y hay quienes calculan que con la plata que se extrajo podría construirse un puente que cruzara todo el Atlántico hasta Europa. Hoy, la montaña es un inmenso queso gruyère con 500 años de explotación ininterrumpida.

Recuerdos del pasado

A los pies del novedoso pico andino, creció un núcleo humano de una manera que no se dio ni en Europa ni en América. De un reducto inicial de 170 españoles y 3000 indígenas a los dos años se habían construido 2500 casas que albergaban a 14.000 personas. De 1610 a 1630 la cifra alcanzó a 160.000 pobladores. En esa misma época, la población de París era de unos 60.000 habitantes.

Las numerosas órdenes religiosas se asentaron sucesivamente y con el apoyo de los ricos mineros levantaron 32 templos y varios conventos, cuya arquitectura colonial se conserva aún, al igual que casonas fastuosas. Una excelente muestra del sincretismo cultural se produjo en las figuras de vírgenes con cuerpo en forma de montaña que dibujaron los indígenas debido a su veneración por los misterios de la naturaleza.



LA CASA DE LA MONEDA. ARQUITECTURA BARROCA DEL SIGLO XVIII.

A partir de 1572, la ciudad se organizó según la Ley de Indias y se construyó una estructura ajedrezada particularmente regular alrededor de la Plaza Central. Las casas son de estilo barroco con influencias indígenas, la Catedral fue reconstruida en el siglo XVIII y la antigua iglesia de San Lorenzo, construida en 1548, es una muestra de arquitectura mestiza.

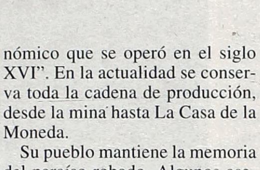
Sin duda alguna, la mayor atracción del lugar está en los oscuros pasadizos mineros en excursiones que van desde los 10 a 30 dólares por persona, y que tardan un día en realizarse completamente. La Mina Real, la más grande y mejor conservada de las 5000 que se explotaron, resulta imperdible.

En la base de la montaña se puede adquirir dinamita e intentar probarla en algún cerro cercano, como si se tratara de un juego de niños. Los mineros la compran día a día, antes de emprender el descenso a los socavones. Se pueden degustar hoja de coca, que despeja la mente y detiene al sueño, además de encontrarse en pequeños subterfugios de la ciudad con piezas de colección, utensilios o vasijas labradas en plata, en precios que

Fotos: Silvia Salustro

DE POTOSI

de plata



llegan a los 400 dólares.

La Casa de la Moneda

La Casa de la Moneda, reconstruida en el siglo XVIII, tiene una historia apasionante. La primera Casa de la Moneda trabajó durante 212 años, hasta que en un escandaloso episodio se descubrió que se habían falsificado monedas con un fluido de aluminio. La situación puso en duda la economía de todo el continente, ya que Potosí, junto a México y Lima, eran los tres centros donde se llevaba a cabo el acuñe de todo el dinero colonial.

Un tiempo después comenzó la construcción de una segunda casa más segura. Se envió al experimentado arquitecto Salvador de Villa, que residía alternativamente en México y Lima para ejecutar el ambicioso proyecto. La construcción duró de 1759 a 1773. Obreros negros fueron traídos como esclavos para la construcción y el funcionamiento de la casa, pero poco duraron en un clima hostil.

Con una superficie de 7570 metros cuadrados, se inauguró el 31 de julio de 1773. Su majestuosidad se observa a través de cinco patios y doscientos ambientes. Su arquitectura barroca adquiere una vistosidad variada desde cualquier ángulo. Su portada, sus techos, sus balcones del primer patio, sus vigorosas paredes de piedra labrada, aparentan una fortaleza infranqueable.

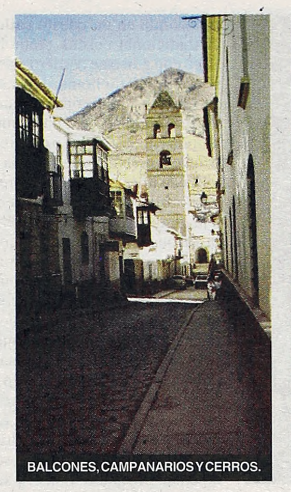
Los quechuas conocían los yacimientos de plata del gran cerro al que adoraban, pero jamás explotaron su riqueza por considerarlo sagrado.

Sólo en los primeros 28 años el Tesoro de Potosí pasó un balance al rey de España por el que resultaba que el producto de las minas de plata desde 1545 hasta 1573 había sido de 820 millones, 513 mil y 893 duros, cantidad mayor a la que se calculaba que era el caudal metálico circulante en todos los estados europeos.

Hoy Potosí cuenta con decenas de atractivos turísticos, una pileta abierta de aguas termales, un intenso carnaval al que arriban más de 10.000 personas y cientos de mochileros en busca de piezas autóctonas y contacto con una cultura detenida en el tiempo.

Como si se tratara de un intento de reparación, en 1987 fue declarada Patrimonio Mundial de la Humanidad por la Unesco y por ser "el ejemplo por excelencia de una gran mina de plata de los tiempos modernos. Potosí está asociada a un acontecimiento de excepcional alcance universal: el cambio económico que se operó en el siglo XVI". En la actualidad se conserva toda la cadena de producción, desde la mina hasta La Casa de la Moneda.

Su pueblo mantiene la memoria del paraíso robado. Algunos aseguran que lo allí expropiado serviría para pagar las deudas externas de todos los países latinoamericanos e inclusive, habría que pedirles el vuelto.



BALCONES, CAMPANARIOS Y CERROS.



GENTE DE POTOSÍ EN LA ESCALINATA DE LA CATEDRAL.

MARRUECOS: LAS CIUDAD

Al borde d

Por Julián Varsavsky

La ciudad de Marrakesh, un oasis entre el Sahara y los nevados Montes Atlas, es la cuna de la milenaria cultura bereber y de un imperio que en el siglo XI llegó a dominar el norte de Africa y la Andalucía española durante 400 años.

Hoy en día, la legendaria Ciudad Roja es un polvoriento laberinto de casas color salmón recubiertas en su mayoría con adobe arcilloso de las montañas. El lugar donde se concentra toda la excitación de Marrakesh es la Plaza El Fna (o del Fin del Mundo), elegida por Hitchcock para filmar escenas de *En manos del destino*. No es una plaza destinada al amor sino al misterio y la fantasía. Se trata de un simple espacio abierto sin verde ni bancos, donde todos se sientan en el suelo, lleno de personajes que parecen salidos del libro de *Las mil y una noches*. Cerca de una parrilla donde se asan cabezas de oveja, un encantador de serpientes emite intrigantes escalas arábigas con una flauta. La irritada cobra negra levanta la mitad de su cuerpo para atacar y lanza erizantes soplidos mientras exhibe su lengua. Pero la cobra es esclava del flautista, y jamás se aleja más de un metro de él. Finalmente, el músico la coloca frente suyo y ésta le muerde el cuello hasta hacerlo sangrar.

El lugar donde se concentra toda la excitación de Marrakesh es la Plaza El Fna (o del Fin del Mundo), poblada de personajes que parecen salidos del libro de "Las mil y una noches".

LA MEZQUITA KOUTOUBÍA.

Los personajes más populares de la plaza son los cuenteros, rodeados por unos 50 espectadores sentados en círculo. Un anciano con turbante blanco sentado sobre una alfombra berebere, narra historias que no resguarda el papel sino la memoria. Más que narradores son en verdad hechiceros que encantan a los transeúntes: ni uno solo se retira hasta que termina el relato, que además continúa al día siguiente, como los capítulos de una telenovela. Son palabras lanzadas con fuego, que parecen bordear un siempre postergado éxtasis. Según me comentó un improvisado guía, los cuenteros narran historias épicas rebosantes de magia y fantasía. Generalmente están referidas a la defensa musulmana de Jerusalén ante la invasión de los cristianos europeos durante las cruzadas.

Si el pasado es el terreno de los cuenteros, el futuro es el de los adivinadores. Una alfombra es todo el decorado. Sus elementos de trabajo: algún misterioso libro de hojas carcomidas y una piedra arcillosa con la que dibujan en el piso extraños símbolos cabalísticos rodeados de números –la estrella de David entre otros–. La clientela es exclusivamente femenina, a quienes les revelan siempre un futuro color rosa, como la ciudad.

El arte omnipresente en la Plaza del Fin del Mundo es la música, que, en tanto arte abstracto por excelencia, refleja mejor que ningún otro el espíritu de un lugar. Mientras comía en un puesto callejero el tradicional cuscús –sémola de trigo con guiso de cordero– se sentó a mi lado un hombre de aspecto tenebroso que desenfundó un violín. Lo conectó a un primitivo amplificador y arrancó con una intrincada melodía que parecía provenir de ultratumba. El timbre distorsionado de las cuerdas remitía a la guitarra de Jimmy Hendrix, y la disonancia de ciertos acordes habría sorprendido al mismo Schönberg. La gente se detenía largo rato, como hipnotizada, confirmando que para los marroquíes los músicos tienen poderes mágicos.

El disco perfecto de la luna brillaba en el centro del cielo. De pronto me topé con un hombre sentado en el piso que tocaba en su guitarra eléctrica una repetitiva y envolvente melodía. Estaba sumido en un profundo trance, y su tez color aceituna absorbía la luminosidad de un farol a gas que tenía a su lado. Repentinamente el hombre dejó de tocar, sacó de un bolso una ostentosa vasija de fina cerámica y la estrelló con violencia contra el piso. Entonces guardó su guitarra y se perdió tranquilamente entre la multitud. Más tarde supe que los marroquíes canalizan de esta forma destructiva las sensaciones de éxtasis y alegría, representando un derroche desmesurado.

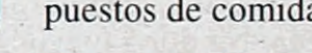
Cerca de una parrilla donde se asan cabezas de oveja, un encantador de serpientes toca la flauta y una cobra negra se va irguiendo mientras lanza erizantes soplidos.

Mezquitas y lujosos palacios en ciudades amura
conjugan a la perfección: fuentes y patios andaluces,

La plaza está subdividida en círculos humanos que rodean a los artistas de este exótico circo árabe a cielo abierto. La cantidad de músicos parece interminable. El agudo sonido de los cornetines de madera provoca un fuerte rechazo, pero con el tiempo el oído se va acostumbrando a las exóticas armonías. El "tam tam" de los tambores marca el ritmo de una caótica sinfonía que se escucha a la distancia. Hay artistas de Malí, Níger y Mauritania. Los acróbatas realizan sus saltos al lado de los cómicos, los bailarines y los lanzallamas. Entre la gente pasa un hombre caminando con un mono de la mano, mientras un burro cargado con bolsas de arpillera anda a los empujones.

En un extremo de la plaza se ubican los dentistas, que exhiben gran cantidad de dientes, como si se tratara de trofeos. Enfrente están los curanderos vendiendo escorpiones, camaleones, cuerno de gacela rallado, plumas de avestruz y cráneos de pájaro que se usan en la magia negra. Pero también ofrecen servicios de urgencia: los pacientes esperan turno para que les coloquen tras la oreja una sanguijuela que les limpie las impurezas de la sangre. A pocos metros de allí, los escrupulosos calígrafos transcriben con un estilo elegante desde cartas de amor hasta certificados de divorcio.

Al declinar el día, la imagen de un candelabro que se va consumiendo lentamente simboliza lo que queda de la Plaza del Fin del Mundo. Los murmullos se van apagando y sólo se ve el humo de los puestos de comida semivacíos.



El zoco o el bazar

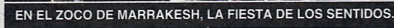
La Plaza del Fin del Mundo es sólo el centro de un laberinto mucho mayor: el zoco o bazar de Marrakesh. Se trata de un enjambre de negocios apretujados a lo largo de serpenteantes callejuelas peatonales techadas por un enrejado de hojas de palma y toldos de tela.

Los puestos son todos iguales: cubículos de ladrillo abiertos a la calle, sin puertas, carteles ni vidrieras. Todos los productos están a la vista y al alcance de la mano del



EL ENCANTADOR DE SERPIENTES CON SU COBRA NEGRA.





EN EL ZOCO DE MARRAKESH, LA FIESTA DE LOS SENTIDOS.

MARRUECOS: LAS CIUDADES DE FEZ Y MARRAKESH

Al borde del Sahara

Por Julián Varsavsky

La ciudad de Marrakesh, un oasis entre el Sahara y los nevados Montes Atlas, es la cuna de la milenaria cultura bereber y de un imperio que en el siglo XI llegó a dominar el norte de Africa y la Andalucía española durante 400 años.

Hoy en día, la legendaria Ciudad Roja es un polvoriento laberinto de casas color salmón recubiertas en su mayoría con adobe arcilloso de las montañas. El lugar donde se concentra toda la excitación de Marrakesh es la Plaza El Fna (o del Fin del Mundo), elegida por Hitchcock para filmar escenas de *En manos del destino*. No es una plaza destinada al amor sino al misterio y la fantasía. Se trata de un simple espacio abierto sin verde ni bancos, donde todos se sientan en el suelo, lleno de personajes que parecen salidos del libro de *Las mil y una noches*. Cerca de una parrilla donde se asan cabezas de oveja, un encantador de serpientes emite intrigantes escalas arábigas con una flauta. La irritada cobra negra levanta la mitad de su cuerpo para atacar y lanza erizantes soplidos mientras exhibe su lengua. Pero la cobra es esclava del flautista, y jamás se aleja más de un metro de él. Finalmente, el músico la coloca frente suyo y ésta le muerde el cuello hasta hacerlo sangrar.


LA MEZQUITA KOUTOUBÍA.

El lugar donde se concentra toda la excitación de Marrakesh es la Plaza El Fna (o del Fin del Mundo), poblada de personajes que parecen salidos del libro de "Las mil y una noches".

Los personajes más populares de la plaza son los cuenteros, rodeados por unos 50 espectadores sentados en círculo. Un anciano con turbante blanco sentado sobre una alfombra berebere, narra historias que no resguarda el papel sino la memoria. Más que narradores son en verdad hechiceros que encantan a los transeúntes: ni uno solo se retira hasta que termina el relato, que además continúa al día siguiente, como los capítulos de una telenovela. Son palabras lanzadas con fuego, que parecen bordear un siempre postergado éxtasis. Según me comentó un improvisado guía, los cuenteros narran historias épicas rebosantes de magia y fantasía. Generalmente están referidas a la defensa musulmana de Jerusalén ante la invasión de los cristianos europeos durante las cruzadas.

Si el pasado es el terreno de los cuenteros, el futuro es el de los adivinadores. Una alfombra es todo el decorado. Sus elementos de trabajo: algún misterioso libro de hojas carcomidas y una piedra arcillosa con la que dibujan en el piso extraños símbolos cabalísticos rodeados de números –la estrella de David entre otros–. La clientela es exclusivamente femenina, a quienes les revelan siempre un futuro color rosa, como la ciudad.

El arte omnipresente en la Plaza del Fin del Mundo es la música, que, en tanto arte abstracto por excelencia, refleja mejor que ningún otro el espíritu de un lugar. Mientras comía en un puesto callejero el tradicional cuscús –sémola de trigo con guiso de cordero– se sentó a mi lado un hombre de aspecto tenebroso que desenfundó un violín. Lo conectó a un primitivo amplificador y arrancó con una intrincada melodía que parecía provenir de ultratumba. El timbre distorsionado de las cuerdas remitía a la guitarra de Jimmy Hendrix, y la disonancia de ciertos acordes habría sorprendido al mismo Schönberg. La gente se detenía largo rato, como hipnotizada, confirmando que para los marroquíes los músicos tienen poderes mágicos.

El disco perfecto de la luna brillaba en el centro del cielo. De pronto me topé con un hombre sentado en el piso que tocaba en su guitarra eléctrica una repetitiva y envolvente melodía. Estaba sumido en un profundo trance, y su tez color aceituna absorbía la luminosidad de un farol a gas que tenía a su lado. Repentinamente el hombre dejó de tocar, sacó de un bolso una ostentosa vasija de fina cerámica y la estrelló con violencia contra el piso. Entonces guardó su guitarra y se perdió tranquilamente entre la multitud. Más tarde supe que los marroquíes canalizan de esta forma destructiva las sensaciones de éxtasis y alegría, representando un derroche desmesurado.

Cerca de una parrilla donde se asan cabezas de oveja, un encantador de serpientes toca la flauta y una cobra negra se va irguiendo mientras lanza erizantes soplidos.

Mezquitas y lujosos palacios en ciudades amuralladas de aspecto medieval. Belleza y misterio se conjugan a la perfección: fuentes y patios andaluces, camellos, encantadores de serpientes y magia negra.

La plaza está subdividida en círculos humanos que rodean a los artistas de este exótico circo árabe a cielo abierto. La cantidad de músicos parece interminable. El agudo sonido de los cornetines de madera provoca un fuerte rechazo, pero con el tiempo el oído se va acostumbrando a las exóticas armonías. El "tam tam" de los tambores marca el ritmo de una caótica sinfonía que se escucha a la distancia. Hay artistas de Malí, Níger y Mauritania. Los acróbatas realizan sus saltos al lado de los cómicos, los bailarines y los lanzallamas. Entre la gente pasa un hombre caminando con un mono de la mano, mientras un burro cargado con bolsas de arpillera anda a los empujones.

En un extremo de la plaza se ubican los dentistas, que exhiben gran cantidad de dientes, como si se tratara de trofeos. Enfrente están los curanderos vendiendo escorpiones, camaleones, cuerno de gacela rallado, plumas de avestruz y cráneos de pájaro que se usan en la magia negra. Pero también ofrecen servicios de urgencia: los pacientes esperan turno para que les coloquen tras la oreja una sanguijuela que les limpie las impurezas de la sangre. A pocos metros de allí, los escrupulosos calígrafos transcriben con un estilo elegante desde cartas de amor hasta certificados de divorcio.

Al declinar el día, la imagen de un candelabro que se va consumiendo lentamente simboliza lo que queda de la Plaza del Fin del Mundo. Los murmullos se van apagando y sólo se ve el humo de los puestos de comida semivacíos.


EL ENCANTADOR DE SERPIENTES CON SU COBRA NEGRA.



EN EL ZOCO DE MARRAKESH, LA FIESTA DE LOS SENTIDOS.

El zoco o el bazar

La Plaza del Fin del Mundo es sólo el centro de un laberinto mucho mayor: el zoco o bazar de Marrakesh. Se trata de un enjambre de negocios apretujados a lo largo de serpenteantes callejuelas peatonales techadas por un enrejado de hojas de palma y toldos de tela.

Los puestos son todos iguales: cubículos de ladrillo abiertos a la calle, sin puertas, carteles ni vidrieras. Todos los productos están a la vista y al alcance de la mano del vendedor. Cuesta resistir la tentación de comprar una campera de cuero por 40 dólares o un cómodo pouf de piel de camello con arabescos por 5 dólares. En los coloridos negocios de alfombras los turistas se deslumbran mientras los vendedores van desplegando las piezas una encima de la otra.

El sector del zoco por el cual caminamos se puede distinguir con los ojos cerrados: un agradable olor a cuero nos sugiere que estamos en el área de los talabarteros; el aromático mercado de las especias es un deleite para el sentido del olfato –menta, anís, olivo, azafrán–, y la zona de los artesanos se reconoce a la distancia por el golpeteo de los cinceles contra la madera que la transforman, por ejemplo, en finas piezas de ajedrez. En las tiendas asistimos a la elaboración del producto que vamos a comprar. En la sección de las joyas podemos ver cómo un joyero engarza brazaletes de oro y plata, y en la tienda de los instrumentos musicales, cómo un artesano templa el cuero de los tambores.

No es fácil caminar por los zocos. Los vendedores, en el límite entre la amabilidad y la compulsión, salen a nuestro encuentro y nos invitan a pasar a sus tiendas. El ir y venir de la gente es frenético, y las mercancías invaden el espacio de la calle. En el zoco de los alimentos, es difícil caminar entre los grandes canastos con pimientos rojos, aceitunas verdes, dátiles y avellanas tostadas. Los vendedores de gallinas las traen en manojos, tomadas de las patas. Los interesados las palpan, las estudian cuidadosamente, y finalmente la seleccionada es degollada *in situ*.

La Medina medieval

El zoco es un verdadero submundo dentro de otro aun más vasto: la Medina o ciudad medieval, aislada del resto de Marrakesh por un muro de 1000 años de antigüedad construido por esclavos cristianos. En las diversas entradas hay portales con forma de arco islámico que tienen pasajes del Corán grabados con estuco. La Medina es presidida por el minarete de la mezquita Koutoubía, considerada la pieza arquitectónica más sobresaliente del norte de Africa. Contemporánea y similar a la Giralda de Sevilla, fue construida en el siglo XII y mide 70 metros de alto. Mediante unos parlantes ubicados en lo alto de la torre, el llamado del muecín atrae a los fieles hasta el templo cinco veces al día. En cuestión de minutos, centenares de hombres empiezan a aparecer por las callecitas, ataviados con coloridos albornoces y sus respectivas capuchas. Calzan unos particulares suecos puntiagudos color blanco, que completan el atuendo tradicional de los marroquíes.

Las mujeres llevan tatuajes en la frente y las muñecas, que las identifican como integrantes de las distintas tribus bereberes.

En la parte sur de la Medina está el Palacio de Al Bahía: un suntuoso despliegue de corredores de mármol, jardines con fuentes andaluzas, laberintos y una increíble exhibición de cuchillos artesanales. Hace unos años, Steven Spielberg y su equipo de filmación ocuparon el Palacio para rodar escenas de *Indiana Jones y la última Cruzada*.

La ciudad de Fez

Antes de ingresar a Fez, el autobús se detiene en una reseca colina desde la cual se ve toda la ciudad en medio de un valle. El sol oblicuo del atardecer pinta las casas de un ecléctico color ocre que se va encendiendo en un fugaz resplandor anaranjado. Al no haber construcciones elevadas, una mirada alcanza para abarcar la ciudad entera resguardada por un muro medieval. Ingresamos a través de una añeja puerta flanqueada por dos alcazabas fortificadas. En el interior hay infinidad de antiguas mezquitas de las que brota el murmullo apagado de los rezos. La decoración se basa en mosaicos esmaltados de formas hexagonales superpuestas; el Corán prohíbe las imágenes figurativas en los templos. En el centro del laberinto está el gran símbolo de Fez: la Universidad Karaouyine, la más antigua del mundo, fundada en el año 859.

En comparación con Marrakesh, las calles son aún más angostas y la Medina es mucho más extensa; a tal punto que nos llevó tres horas poder encontrar una salida. El olor que emana de las brochetas de cordero asado en parrillas al paso, matiza la recorrida. Los niños venden dulces de hojaldre con almendra y miel imposibles de rechazar. Las mujeres visten rigurosos velos de gasa negra y son aficionadas a las grandes alhajas de plata. Además llevan tatuajes en la frente y las muñecas, que las identifican como integrantes de las distintas tribus bereberes.

A los ojos de un occidental, Marruecos es un mundo de laberintos concéntricos regidos por una lógica incomprensible y sorprendente. Para los marroquíes, éste es el universo irrefutable al que fueron destinados, donde el futuro –tan irrevocable como el pasado– ya ha sido prefijado por Alá.

Datos útiles

Cómo llegar: Iberia vuela a Casablanca vía Madrid por 1025 dólares hasta el 1° de julio (precio en agencia de viajes ida y vuelta). El tramo a Marrakesh cuesta 30 dólares.

Tours: La mayor parte de los turistas viaja en tour desde España. Lo común es cruzar en ferry desde Algeciras (Andalucía) a través del estrecho de Gibraltar, para luego recorrer el país en micro. Un tour de una semana desde Madrid (todo incluido y hoteles 4 estrellas) cuesta alrededor de 440 dólares. Recorre las principales ciudades del país: Rabat, Casablanca, Fez, Marrakesh, Meknes y Tánger. Homepage en Internet de agencia en España: www.petrabax.com - E-mail de otra agencia: tourafrica@formnet.com.
La popular excursión de dos días a las ciudades de Tánger y Tetuán desde Andalucía no alcanza para captar la esencia de Marruecos. Si se tiene poco tiempo, es preferible visitar unos días Marrakesh yendo en avión desde Madrid.

Dónde alojarse: Marrakesh: Hotel CTM, un alojamiento económico con una fabulosa terraza que da a la Plaza El Fna. Tel.:212-4-22325. Hay una gran variedad de hoteles de lujo por toda la ciudad. Fez: Hotel Central, 50 rue Nador. Tel.: 212-6-22333 (2 estrellas).

Idioma: El francés es casi un segundo idioma entre los mayores, y algunos dominan el español. Por la calle se acercan al turista improvisados guías que saben hasta cinco idiomas.

Dónde informarse: Embajada de Marruecos: M. Ramón Castilla 2952. Tel.: 4801-8154. Home Page en Internet: www.embajada-marruecos.org.ar.


EL ARTE DE LA CETRERÍA EN LAS MANOS DE UN ANCIANO BERÉBER.

Hombres rojos, azules y verdes

El espectáculo más asombroso de Fez nos espera en las tintorerías de cuero, y se lo puede apreciar desde la terraza de cualquier casa adyacente. El proceso de teñir los cueros se realiza en un gran espacio abierto, donde hay numerosos hoyos cuadrados de barro cocido. Miden un metro de largo y están uno al lado del otro, al igual que un panal de abejas, pero gigante. Todo un sector de hoyos contiene tintura blanca, pero el resto están llenos de líquido de los más variados colores. El procedimiento no ha cambiado en siglos, y se utilizan colorantes naturales con ingredientes como el excremento de paloma. Los trabajadores se sumergen en la tintura junto con los cueros que exhalan un hedor insoportable. Luego los sacuden con violencia salpicando todo, tiñiéndose a sí mismos la única parte que les quedaba limpia: la cabeza. El resultado del proceso –aparte de los relucientes cueros– es una profusión de hombres rojos, azules y verdes, o fantasmas blancos, que parecen habitar las fétidas aguas del Infierno del Dante.



Datos útiles

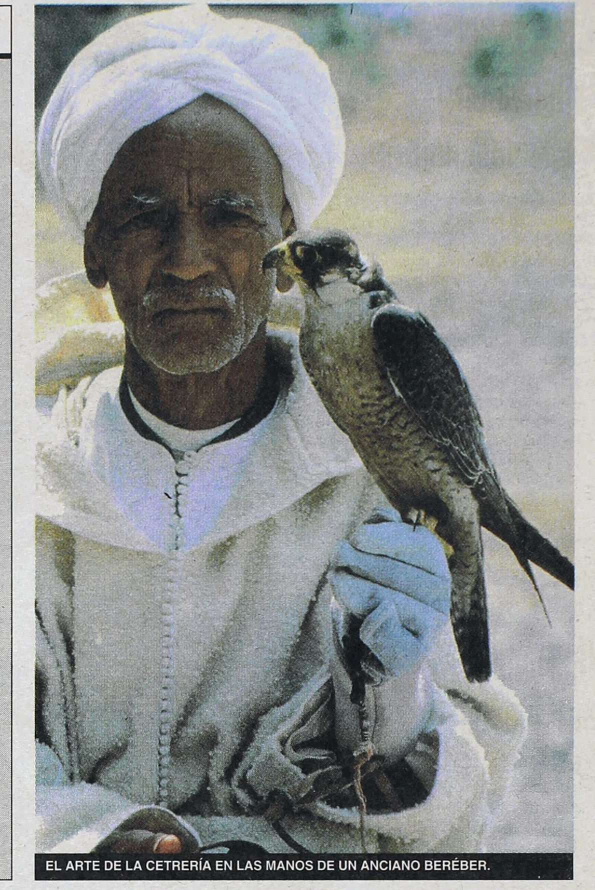
Cómo llegar: Iberia vuela a Casablanca vía Madrid por 1025 dólares hasta el 1° de julio (precio en agencia de viajes ida y vuelta). El tramo a Marrakesh cuesta 30 dólares.

Tours: La mayor parte de los turistas viaja en tour desde España. Lo común es cruzar en ferry desde Algeciras (Andalucía) a través del estrecho de Gibraltar, para luego recorrer el país en micro. Un tour de una semana desde Madrid (todo incluido y hoteles 4 estrellas) cuesta alrededor de 440 dólares. Recorre las principales ciudades del país: Rabat, Casablanca, Fez, Marrakesh, Meknes y Tánger. Homepage en Internet de agencia en España: www.petrabax.com - E-mail de otra agencia: tourafrica@formnet.com.
La popular excursión de dos días a las ciudades de Tánger y Tetuán desde Andalucía no alcanza para captar la esencia de Marruecos. Si se tiene poco tiempo, es preferible visitar unos días Marrakesh yendo en avión desde Madrid.

Dónde alojarse: Marrakesh: Hotel CTM, un alojamiento económico con una fabulosa terraza que da a la Plaza El Fna. Tel.:212-4-22325. Hay una gran variedad de hoteles de lujo por toda la ciudad. Fez: Hotel Central, 50 rue Nador. Tel.: 212-6-22333 (2 estrellas).

Idioma: El francés es casi un segundo idioma entre los mayores, y algunos dominan el español. Por la calle se acercan al turista improvisados guías que saben hasta cinco idiomas.

Dónde informarse: Embajada de Marruecos: M. Ramón Castilla 2952. Tel.: 4801-8154. Home Page en Internet: www.embajada-marruecos.org.ar.


EL ARTE DE LA CETRERÍA EN LAS MANOS DE UN ANCIANO BERÉBER.

vendedor. Cuesta resistir la tentación de comprar una campera de cuero por 40 dólares o un cómodo pouf de piel de camello con arabescos por 5 dólares. En los coloridos negocios de alfombras los turistas se deslumbran mientras los vendedores van desplegando las piezas una encima de la otra.

El sector del zoco por el cual caminamos se puede distinguir con los ojos cerrados: un agradable olor a cuero nos sugiere que estamos en el área de los talabarteros; el aromático mercado de las especias es un deleite para el sentido del olfato –menta, anís, olivo, azafrán–, y la zona de los artesanos se reconoce a la distancia por el golpeteo de los cinceles contra la madera que la transforman, por ejemplo, en finas piezas de ajedrez. En las tiendas asistimos a la elaboración del producto que vamos a comprar. En la sección de las joyas podemos ver cómo un joyero engarza brazaletes de oro y plata, y en la tienda de los instrumentos musicales, cómo un artesano templa el cuero de los tambores.

No es fácil caminar por los zocos. Los vendedores, en el límite entre la amabilidad y la compulsión, salen a nuestro encuentro y nos invitan a pasar a sus tiendas. El ir y venir de la gente es frenético, y las mercancías invaden el espacio de la calle. En el zoco de los alimentos, es difícil caminar entre los grandes canastos con pimientos rojos, aceitunas verdes, dátiles y avellanas tostadas. Los vendedores de gallinas las traen en manojos, tomadas de las patas. Los interesados las palpan, las estudian cuidadosamente, y finalmente la seleccionada es degollada *in situ*.

La Medina medieval

El zoco es un verdadero submundo dentro de otro aun más vasto: la Medina o ciudad medieval, aislada del resto de Marrakesh por un muro de 1000 años de antigüedad construido por esclavos cristianos. En las diversas entradas hay portales con forma de arco islámico que tienen pasajes del Corán grabados con estuco. La Medina es presidida por el minarete de la mezquita Koutoubía, considerada la pieza arquitectónica más sobresaliente del norte de Africa. Contemporánea y similar a la Giralda de Sevilla, fue construida en el siglo XII y mide 70 metros de alto. Mediante unos parlantes ubicados en lo alto de la torre, el llamado del muecín atrae a los fieles hasta el templo cinco veces al día. En cuestión de minutos, centenares de hombres empiezan a aparecer por las callecitas, ataviados con coloridos albornoces y sus respectivas capuchas. Calzan unos particulares suecos puntiagudos color blanco, que completan el atuendo tradicional de los marroquíes.

> **Las mujeres llevan tatuajes en la frente y las muñecas, que las identifican como integrantes de las distintas tribus bereberes.**

En la parte sur de la Medina está el Palacio de Al Bahía: un suntuoso despliegue de corredores de mármol, jardines con fuentes andaluzas, laberintos y una increíble exhibición de cuchillos artesanales. Hace unos años, Steven Spielberg y su equipo de filmación ocuparon el Palacio para rodar escenas de *Indiana Jones y la última Cruzada*.

La ciudad de Fez

Antes de ingresar a Fez, el autobús se detiene en una reseca colina desde la cual se ve toda la ciudad en medio de un valle. El sol oblicuo del atardecer pinta las casas de un ecléctico color ocre que se va encendiendo en un fugaz resplandor anaranjado. Al no haber construcciones elevadas, una mirada alcanza para abarcar la ciudad entera resguardada por un muro medieval. Ingresamos a través de una añeja puerta flanqueada por dos alcazabas fortificadas. En el interior hay infinidad de antiguas mezquitas de las que brota el murmullo apagado de los rezos. La decoración se basa en mosaicos esmaltados de formas hexagonales superpuestas; el Corán prohíbe las imágenes figurativas en los templos. En el centro del laberinto está el gran símbolo de Fez: la Universidad Karaouyine, la más antigua del mundo, fundada en el año 859.

En comparación con Marrakesh, las calles son aún más angostas y la Medina es mucho más extensa; a tal punto que nos llevó tres horas poder encontrar una salida. El olor que emana de las brochetas de cordero asado en parrillas al paso, matiza la recorrida. Los niños venden dulces de hojaldre con almendra y miel imposibles de rechazar. Las mujeres visten rigurosos velos de gasa negra y son aficionadas a las grandes alhajas de plata. Además llevan tatuajes en la frente y las muñecas, que las identifican como integrantes de las distintas tribus bereberes.

A los ojos de un occidental, Marruecos es un mundo de laberintos concéntricos regidos por una lógica incomprensible y sorprendente. Para los marroquíes, éste es el universo irrefutable al que fueron destinados, donde el futuro –tan irrevocable como el pasado– ya ha sido prefijado por Alá.

Hombres rojos, azules y verdes

El espectáculo más asombroso de Fez nos espera en las tintorerías de cuero, y se lo puede apreciar desde la terraza de cualquier casa adyacente. El proceso de teñir los cueros se realiza en un gran espacio abierto, donde hay numerosos hoyos cuadrados de barro cocido. Miden un metro de largo y están uno al lado del otro, al igual que un panal de abejas, pero gigante. Todo un sector de hoyos contiene tintura blanca, pero el resto están llenos de líquido de los más variados colores. El procedimiento no ha cambiado en siglos, y se utilizan colorantes naturales con ingredientes como el excremento de paloma. Los trabajadores se sumergen en la tintura junto con los cueros que exhalan un hedor insoportable. Luego los sacuden con violencia salpicando todo, tiñiéndose a sí mismos la única parte que les quedaba limpia: la cabeza. El resultado del proceso –aparte de los relucientes cueros– es una profusión de hombres rojos, azules y verdes, o fantasmas blancos, que parecen habitar las fétidas aguas del Infierno del Dante.

NOTICIERO

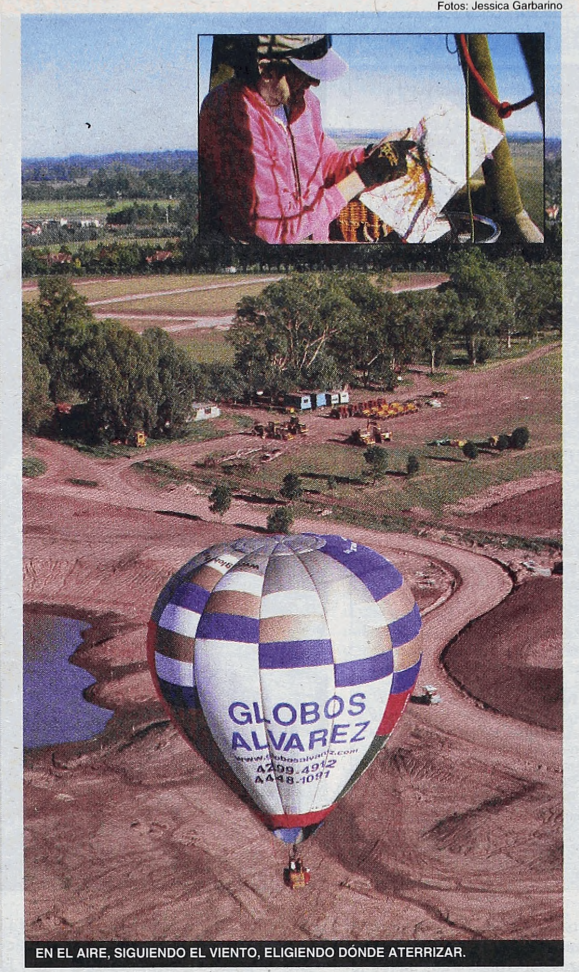
Ballenas en temporada baja

Representantes de la Municipalidad de Trelew, de la Cámara de Industria y Comercio del Este del Chubut y del estado provincial firmaron junto con Aerolíneas Argentinas un convenio por el cual se pondrá en marcha la oferta promocional de temporada baja que propone Trelew, válida hasta el 10 de agosto. Con una tarifa de 265 pesos, los visitantes podrán recorrer todos los circuitos turísticos de Trelew y avistar las ballenas en Península Valdés. La promoción comprende 3 noches y 4 días con alojamiento en hoteles de cuatro y cinco estrellas, y traslados y pasajes aéreos incluidos.

Río Hondo en invierno

El jueves pasado se realizó el acto de lanzamiento de la temporada turística invernal en las Termas de Río Hondo, durante el cual se actualizó la información sobre este importante centro turístico de Santiago del Estero, bajo el lema "Río Hondo mejora la vida".

Fotos: Jessica Garbarino



EN EL AIRE, SIGUIENDO EL VIENTO, ELIGIENDO DÓNDE ATERRIZAR.

VUELOS TURISTICOS EN GLOBO

Juguetes del

Son 150 kilos de nylon más livianos que el aire que recorren el cielo a 300 metros de altura, en perfecto silencio. En Argentina hay 30 y algunos ofrecen una hora de una experiencia como pocas.

Por Jessica Garbarino

Difícil imaginar unos pulmones capaces de inflar semejante globo. Casi tanto como aceptar que una nube de aire caliente puede sostener en el cielo, como si nada le pesara, al gigante de nylon, con su canasto de ratán, los tanques de gas propano y todos los pasajeros. Empresa difícil y a la vez simple, tan simple como dejarse llevar por el viento. Tan simple que los vuelos en globo aerostático estuvieron entre los primeros intentos por ganar el cielo.

Basta con un ventilador apenas más grande pero bastante más potente que los hogareños para que el velamen de nylon pierda las arrugas y adquiera su típica redondez. Enseguida, a fuerza de fogonazos, el aire atrapado en la vela de colores se calienta, el globo se yergue y corcovea incómodo para soltarse de los cabos que lo atan a tierra. Por fin, cuando lo liberan sube con tanta naturalidad que cualquiera olvida el lastre: los kilos y kilos que arrastra consigo.

En la Argentina hay algo más de treinta globos aerostáticos, de los cuales una decena se dedican a hacer viajes con turistas. Hay que tener los 100 pesos por persona que cuesta encaramarse al canasto de ratán y dejarse llevar por el viento durante una hora.

La hora indicada para levantar vuelo llega sobre alguno de los dos extremos del día: al amanecer o poco antes de que el sol ruede por debajo del horizonte. Las térmicas (masas de aire caliente ascendentes que se crean cuando las partes bajas de la atmósfera están más caldeadas que las altas), que tanto provecho tienen para los que gustan flotar en parapente y aladelta, son una pesadilla para los pilotos de globos. Por ese motivo, los aerostatos no vuelan entre las once de la mañana y las cuatro de la tarde, cuando las térmicas abundan.

Como los globos no tienen propulsión propia y por lo tanto no son dirigibles, los globonautas intentan mandar sobre la dirección del globo en base a la elección de una corriente de aire donde el viento sople en el sentido deseado. Así, el quid del control del globo está en buscar la altura más apropiada. Las térmicas conspiran entonces contra la única posibilidad que tiene el piloto de dirigir el mamotreto volador.

Complicado. Pero parece simple cuando el piloto, señalando la nada misma, comenta: "ahí hay una térmica" y el pasajero murmura un "ajá", suponiendo que se trata de esa porción de aire arrugado que flota un poco más adelante.

Parece mentira que los 150 kilos de tela de nylon entren en una bolsa de aproximadamente un metro de diámetro. Flácido sobre el césped que los especialistas eligieron para el despegue, el globo se deja inflar de a poco. Más arisco se pone cuando llega el momento de abordarlo y tironea con intenciones de seguir el rumbo que le imponga el viento cielo arriba. Pero cuando lo liberan del ancla (la cuerda que lo mantiene atado a una camioneta), todo se vuelve tan suave que el vértigo pierde su típico protagonismo de "situación de ascenso". La furia de los mecheros, cada tanto, deja fuera de juego a cualquier otro ruido, mientras el gigante, ahora de unos 23 metros de altura y 17 de ancho, avanza con destino desconocido. Apenas se puede calcular dónde va a aterrizar el globo, a causa de su condición de no dirigible. Sin embargo, a trescientos metros del suelo, flotando sin apuro, plácido, asombrándose por lo bien que se escucha a esa altura el mugido de las vacas y sin más opción que confiar en la habilidad del piloto: no es probable preocupar a ningún pasajero con el inconveniente.

Levantar vuelo en esas condiciones parece muy sencillo. Pero la elec-

AEROSTATICO

viento

ción del día y el lugar de despegue depende tanto de las condiciones climáticas que implica un complejo ritual con llamados y visitas al servicio meteorológico de cabecera, donde cada uno es devoto de un pronosticador en particular y otros terminan confiando sólo en su propia intuición. Velocidad y dirección del viento, temperatura, presión, estado del terreno para no verse aterrizando en un barrial, hora de la salida del sol, el ocaso son algunos de los ítems conflictivos.



Claro que no se puede volar con lluvia. Pero tampoco con un viento que supere los 30 kilómetros por hora porque se vuelve peligroso y el aterrizaje se puede poner muy violento. Los globonautas, por lo tanto, son grandes madrugadores que hacen sonar los teléfonos de los meteorólogos a horas extravagantes y, si llegó la oportunidad de dejarse llevar por el viento, arman remolinos de 4x4 y trailers en cualquier parte, muy temprano o antes del atardecer.

Aunque en Buenos Aires esta forma de aviación está menos difundida que en Europa o Estados Unidos, hay varias opciones para quienes quieran experimentar la aventura de colgarse de una bola de aire caliente. Nicolás Brau, actual campeón nacional de ballooning (así se llama el deporte), lleva turistas en su globo Garuda y despega de Los Cardales (teléfono 02322-249-2762). En la estancia La Encantada, de la localidad de Capilla del Señor, se puede pasar un día de campo y volar con Norberto Barozza o con sus hijos Javier y Adrián (4203-4099). Los Barozza tienen además una escuela de pilotos en Avellaneda. La francesa Dominique Lernon, por su parte, vuela con pasajeros en el parque municipal Dique Rogero, del partido de Moreno en el oeste del Gran Buenos Aires (4862-9221). También se hacen vuelos turísticos en Córdoba, en Guaymallén, Mendoza y en El Calafate, Santa Cruz.

Durante los vuelos de paseo, relajados, los pilotos gustan de contar la historia de su pequeño record personal. Interrumpidos cada tanto por el grito de los mecheros, tienen una hora para explayarse sobre la proeza de cruzar el Río de la Plata, igual que Jorge Newbery y Aarón de Anchorena, allá por 1907. O entusiasmarse con el relato del vuelo sobre las Sierras de Córdoba. O la anécdota de esa vez que aterrizaron en un campo cuyas tranqueras lucían indefectibles candados que impedían el paso de las 4x4 de rescate "y ni hablar de arrastrar la vela, el canasto y los tanques hasta la camioneta".

El relato de la proeza en vuelo no podría llevarle al piloto más de dos horas, por atrapante que fuera, dado que los tanques le dan a su aeronave apenas ese tiempo de autonomía. Pronto deberá prestar atención al terreno abajo para elegir un buen lugar de aterrizaje, preferentemente cerca de algún camino para que la 4x4 –que no lo pierde de vista desde tierra–, cumpla su tarea de rescate sorteando la menor cantidad de obstáculos posible.

El pasajero se entera de esta forma que todavía falta la parte más complicada. Se trata de evitar cables y árboles, saltar alambrados y aproximarse a algún camino, siempre sin descuidar el estado del terreno. Los mecheros rugen si de pronto hay que salvar una valla imprevista, y luego se quedan en silencio para perder altura.

A pocos metros del suelo llega la orden para que los pasajeros se ovillen dentro de la barquilla, con el hombro apuntando hacia la misma dirección que lleva el globo. El piloto tira del "cabo válvula paracaídas", una cuerda que abre un hueco en el cielorraso del globo, y a medida que el aire caliente se escapa, el canasto comienza a golpear contra el pastizal. El corazón de los intrépidos que apenas espían entre las fibras del canasto también se apura en el desorden de la caída.

Pero pronto el viento se desentiende del intruso y lo deja desinflarse en paz hasta la próxima vez. Los pasajeros asoman sonrientes del canasto de ratán y la camioneta arrastrando el trailer aparece en el camino. Todo resultó tan simple, tan complicado.





PASOS PARA VOLAR: DESENROLLAR EL GLOBO, ABRIRLO CON UN VENTILADOR, CALENTARLO GRADUALMENTE HASTA INFLARLO. FINALMENTE, EL DESPEGUE A FUERZA DE CALENTADOR.

Por M. B.

LE FUTUROSCOPE, LA CIUDAD DE CINES EXPERIMENTALES AL SUR DE PARIS

Cuando el cine se convierte en realidad

A noventa minutos de París, Le Futuroscope ofrece un paseo extravagantemente sensorial, donde en las pantallas nace un mundo más nítido que la realidad. Es una ciudad de cines de alta tecnología, con imágenes tridimensionales que le dan relieve al movimiento.

Intentan hacer olvidar al individuo que se encuentra en el mundo real pero, a su vez, lo hacen partícipe de un mundo ilusorio, aparentemente más real que el que vive fuera de la sala. Le Futuroscope, la ciudad de los cines, ubicada a 90 minutos al sur de París, alberga en algo más de 20 salas los avances tecnológicos más impactantes del mundo del séptimo arte.

Cada año, cerca de tres millones de personas visitan la ciudad para ver lo último en tecnología. Estos cines han dejado de lado el aspecto argumental en función de la exploración de técnicas hasta ahora no utilizadas en el cine convencional. El invento que ya llegó, más el que todavía no llega –y el que nunca va a llegar– se conjuga en un espléndido parque donde el paseo está acompañado de imágenes. Las mismas que saturan al mundo actual, llevadas a un punto límite de la experimentación visual, tanto en el interior de las salas como en la excéntrica arquitectura del "Futuroscopio".

Desde los comienzos, el arte cinematográfico fue objeto de constante experimentación. Después de muchas discusiones, los franceses Lumière se quedaron con los laureles del nacimiento de la "criatura visual". Mucha cinta pasó por la moviola, desde las primeras experiencias visuales con el montaje de atracciones, de Sergei Eisenstein en el *Acorazado Potemkin*, hasta las imágenes en 3D, la realidad virtual y el cibercine del futuro. Sin embargo, la fascinación tecnológica esconde una idea contradictoria, una idea de que el mundo que se nos muestra es mucho más perfecto que el que se puede vivir. Y se olvidan intencionalmente del argumento potenciando los efectos sorpresivos y las sensaciones de vivirlo todo desde una cámara subjetiva.

El Parque del Futuroscope existe desde 1987 y está situado en el corazón del Departamento de La Vienne en Francia, a 8 kms de la ciudad de Poitiers. Cincuenta y tres hectáreas reúnen las nuevas tecnologías audiovisuales de pantallas gigantescas, cine en relieve, cine circular y cines dinámicos, que son exclusividades mundiales. Nadie hubiera imaginado que aquella creación de los hermanos Lumière en París en 1895 tuviera resultados de tales dimensiones sensoriales en estos días.

Cuando el visitante ingresa al *Simulador*, ubicado en el Pabellón de La Vienne, los movimientos fluidos y las fuertes sensaciones del cine dinámico son llevados a la máxima potencia. Se coordina la proyección en la gran pantalla con el movimiento de los asientos. El proyector de 70 mm, permite obtener una pantalla de 300 m2 a una velocidad de 30 imágenes por segundo, gracias a un motor controlado electrónicamente, que acentúa la calidad de imagen. Cada uno de estos 96 sillones dobles es dirigido por 6 gatos hidráulicos.

EL KINÉMAX, 4250 METROS DE ESPEJOS AUTOLIMPIABLES.

La recorrida por la irrealidad más real sigue por *El Sólido*. La sala fue inaugurada en el parque en 1993, pero ya en 1986 el Imax Solido se probaba en exposiciones. En 1990 se presentó en la Exposición Universal de Osaka y posteriormente en Sevilla en 1992, antes de llegar al Futuroscope. Unicamente El Sólido de Futuroscope y una sala en Japón utilizan este procedimiento de restitución del relieve sobre una pantalla hemisférica. Contrariamente al relieve clásico obtenido a partir de filtros polarizantes, las imágenes no se proyectan simultáneamente sino alternativamente, apareciendo en pantalla la imagen que corresponde al ojo derecho o al izquierdo. Esto provoca el extraño efecto y hace sentir al espectador que puede tocar los objetos que salen de la pantalla.

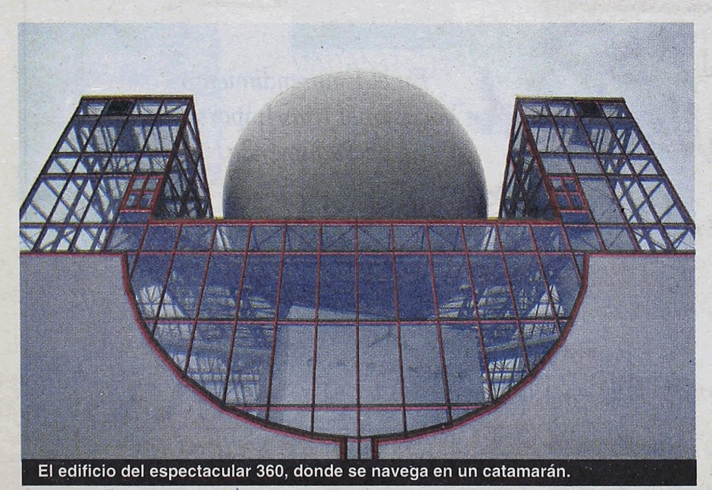
Imagínese una sala de cine con una pantalla gigante de 700 metros cuadrados. Luego, imagínese que otra pantalla gigante se puede observar también bajo los pies. Y de repente se da cuenta de que la imagen proyectada sobre los pies no es más que la continuación de la que está enfrente. La *Alfombra Mágica* es una exclusividad mundial que permite seguir jugando con las sensaciones. Esta vez es el vértigo y la fascinación de permitirse volar entre los árboles de un río complicado y proyectarse hacia abajo con la propia sombra de sentirse y verse, reflejado en el agua como una mariposa. De todos los cines, el que seguro le dará vuelta la cabeza al afortunado transeúnte es el *360*. Se compone de 9 proyectores de 35 milímetros coordinados y ubicados en círculo. Un sistema de pilotaje electrónico sincroniza nueve películas, mientras que un sistema óptico permite restituir al espectador una visión completa y perfectamente continua de lo que le rodea. La pantalla circular de 6,30 metros de alto está levantada unos dos metros y medio. La sala propiamente dicha, de un diámetro de 21 metros, puede contener 450 personas de pie. En el 360º se viaja en velero: las nueve pantallas permiten imaginar lo que se debe sentir sobre un trimarán de alta competición, viajando a más de 25 nudos.

Una espectacular concavidad que refleja la imagen invertida de la realidad y una semiesfera de 6 metros de diámetro adornan el pabellón de la fachada de cristal. El edificio, que desde afuera sólo deja ver la fachada, abriga una sala de 586 butacas y una pantalla de 540 metros cuadrados. Gracias a las técnicas de proyección Imax 3D, que permiten la restitución del relieve mediante gafas polarizantes, en estos momentos se puede apreciar en toda su medida el talento de Jean-Jacques Annaud. Actualmente en cartelera *Guillaumet, las alas del Valor*, es la primera película de ficción rodada especialmente para estas técnicas futuristas. Describe en 40 minutos un episodio de la famosa epopeya de la "Aeropostale" (organización aeropostal de correo francés), la historia del célebre piloto Henri Guillaumet y del accidente que sufrió su avión en la cordillera de los Andes. El espectador se encuentra metido de lleno en el corazón de la tormenta junto al aviador, y vive con él las etapas de su marcha forzada, hasta el desenlace final. Sensaciones inesperadas, la tragedia, el miedo y la muerte se suceden en la pantalla.

La ciudad de los cines es eminentemente visual en todos sus aspectos. Es por eso que su arquitectura también juega con las imágenes, las formas abstractas y concretas que también se suceden en el interior. Una muestra deslumbrante es el Kinémax que, con una altura de 35 metros, un peso de más de 250 toneladas y 4250 metros cuadrados de fachadas de espejos autolimpiables, cuya instalación necesitó 2000 horas, es el mayor cristal de roca del mundo y alberga una sala de cine de 450 plazas. El procedimiento canadiense Imax permite, gracias al desfile horizontal de una película de 70 mm de ancho, proyectar sobre una pantalla plana de 600 metros cuadrados (equivalente a dos canchas de tenis), una imagen de una excepcional calidad y cuya dimensión es tal que le introduce realmente en la esencia de la acción. Al final del espectáculo, dos gatos hidráulicos levantan la pantalla gigante para permitir a los espectadores llegar a orillas del lago colindante.

La sensación de la experimentación visual llega a un punto culmine con *El Omnimax*. Si uno tenía en mente subir el Everest, el monte más alto del mundo, ésta es la más confortable manera de lograrlo. Sin esfuerzo físico, con tan sólo zambullirse en esa oscura sala de proyección, se puede disfrutar de la expedición que realizó un equipo especial del Futuroscope. Es ni más ni menos que una visión de 180º de las cumbres del Himalaya, en una película de unos 30 minutos. El Omnimax fue construido en 1989 y es una técnica que lleva la imagen a una pantalla hemisférica. Ofrece un campo de visión de 180º por encima de la línea del horizonte y sitúa al espectador en el corazón de la imagen. El sistema es conocido como "ojo de pescado", por la forma circular que adquieren las imágenes para adaptarlo a las pantallas hemisféricas.

El Futuroscope en la ciudad de Poitiers abre las puertas para un viaje de placeres y sensaciones irreales demasiado reales. Las películas duran entre 20 y 30 minutos y demuestran hasta dónde puede llegar el arte de filmar. Los cines están enclavados en un sitio cerrado, que cuesta algo más de $ 60 dólares por día.


El edificio del espectacular 360, donde se navega en un catamarán.


Una imagen general de las 53 hectáreas del parque futurista.